

do sobre la especie de adivinacion que la hacia comprender á un hombre todo entero á la primera mirada y á la sola inspeccion de su estrella, puse su sabiduría á prueba, y la consulté sobre dos ó tres viageros conocidos míos que en el discurso de quince años la habian visitado : admiróme la perfecta lucidez de su juicio sobre dos de aquellos hombres. Analizó entre otros con una prodigiosa perspicacia de inteligencia el caracter de uno de ellos, que yo conocia perfectamente, carácter difícil de comprender á primera vista, grande, pero velado bajo las mas seductoras apariencias de bondadosa vulgaridad; y lo que mas me sorprendió, y me hizo admirar mas la inflexible memoria de aquella muger fué que aquel viagero no habia pasado mas que dos horas con ella, y que habian trascurrido diez y seis años entre la visita de aquel hombre y la cuenta que yo le pedia de la impresion que su vista habia producido en ella. — La soledad concentra y robustece todas las facultades del alma. — Los profetas, los santos, los grandes hombres y los poetas lo han comprendido maravillosamente, — y á todos su naturaleza les hace buscar el desierto ó el aislamiento entre los hombres.

Como siempre, el nombre de Bonaparte ocurrió en la conversacion. — Yo creia, le dije, que su fanatismo de vm. por ese hombre pondria una

barrera entre nosotros. — No he sido fanática, me respondió, mas que de sus desgracias y de compasion hácia él. — Y yo tambien, repliqué, de modo que tambien en eso estamos de acuerdo.

No podia yo esplicarme como una muger religiosa y moral adoraba la fuerza sola sin religion, sin moral y sin libertad! Bonaparte fué un gran reconstructor, sin duda; rehizo el mundo social, pero no se cuidó mucho de los elementos con que le recomponia; amasó su estatua con barro é interés personal, en vez de labrarla en los sentimientos divinos y morales, la virtud y la libertad!

Así se nos pasó la noche recorriendo libremente y sin afectacion por parte de lady Ester todos los asuntos que trae una palabra y se lleva en la conversacion á la ventura. Conocia yo que ninguna cuerda faltaba á aquella alta y firme inteligencia, y que todas las teclas del clave espedian un sonido entonado, fuerte y lleno, — excepto tal vez la cuerda metafisica, que un esceso de tension y soledad habia desentonado ó elevado á un diapason demasiado alto para la inteligencia mortal. — Separámonos con sincero sentimiento por mi parte y con muestras del mismo por la suya.

— Nada de despedida, me dijo, nos volveremos á ver muchas veces en este viaje, y mas aun en

otros viages que vm. no proyecta siquiera todavía. Vaya vm. á descansar, y acuérdesse de que deja una amiga en las soledades del Líbano. — Preséntome su mano, yo puse la mía sobre mi corazón, á la manera de los Arabes, y nos retiramos.

Al día siguiente, á las cuatro de la madrugada, estábamos M. de Parseval y yo á caballo en la escarpada pendiente que baja de su monasterio al profundo valle del torrente Belo; vadeamos sus aguas menguadas por los calores del verano, y empezamos á subir las altas montañas del Líbano que separan á Djioun de Deir-el-Kammar, ó el convento de la Luna, palacio del emir Beschir, príncipe soberano de los Drusos y de todas las montañas del Líbano. Lady Ester nos había dado su médico para servirnos de dragoman, y uno de sus palafreneros árabes por guía. — Llegamos, al cabo de dos horas de camino, á un valle mas profundo, mas angosto y mas pintoresco que ninguno de cuantos habíamos ya recorrido. A derecha é izquierda se alzaban, como dos murallas perpendiculares, de tres á cuatrocientos pies de altura, dos cordilleras de montes que parecían haber sido separadas recientemente una de otra por un martillazo del hacedor de los mundos, ó acaso por el terremoto que sacudió el Líbano hasta en sus cimientos, cuando el Hijo

del Hombre, entregando su alma á Dios, no lejos de aquellos mismos montes, exhaló aquel último suspiro que ahuyentó el espíritu de error, de opresion y de mentira y esparció la verdad, la libertad y la vida sobre un mundo renovado. — Los gigantescos peñones, desprendidos de las dos laderas de las montañas, sembrados como guijarros por la mano de los niños, en el cauce de un arroyo, formaban el cauce horrible, profundo, inmenso, erizado, de aquel torrente en seco; algunas de aquellas piedras formaban moles mas elevadas y mas largas que altas casas. Unas estaban colocadas á plomo como cubos sólidos y eternos; otras, suspendidas sobre sus ángulos y sostenidas por la presion de otras peñas invisibles, parecia que estaban cayendo aun y querodaban siempre, y presentaban la imagen de una ruina en acción, de una caída incesante, de un caos de piedras, de una inagotable avalancha de peñascos: — peñascos de color fúnebre, gris, negros, jaspeados de fuego y de blanco, opacos: — olas petrificadas de un rio de granito; ni una gota de agua en los profundos intersticios de aquel cauce calcinado por el sol ardiente de la Siria; — ni una yerba, ni un tallo, ni una planta rastroera en aquel abismo ni en sus erizadas laderas; era aquello un océano de piedras, una catarata de peñascos, á la que parecían prestar el

movimiento de la fluidez la diversidad de sus formas, la variedad de sus accidentes, la estrañeza de sus caídas, el juego de las sombras ó de la luz sobre su superficie. Si el Dante hubiera querido pintar en uno de los círculos de su infierno el infierno de las piedras, el infierno de la aridez, de la ruina, de la caída de las cosas, de la degradacion de los mundos, de la caducidad de las edades, esta es la escena que hubiera debido copiar simplemente : — esto es un rio de las últimas horas del mundo, cuando el fuego lo habrá consumido todo, y la tierra, abriendo sus entrañas, no será mas que un mutilado monton de piedras calcinadas bajo las pisadas del terrible juez que vendrá á visitarla. Seguimos aquel valle de las lamentaciones por espacio de dos horas, sin que variase la escena mas que por los diversos circuitos que seguia el torrente entre las montañas, y por el modo mas ó menos terrible como se agrupaban los peñascos en su pedregoso cauce. — Jamas ese valle se borrará de mi imaginacion. Esta tierra ha debido ser, la primera, la tierra de la poesía terrible y de las lamentaciones humanas; el patético y grandioso acento de las profecías se hace sentir aquí en su agreste, patética y grandiosa naturaleza. Todas las imágenes de la poesía bíblica estan grabadas en letras mayúsculas en la arada frente del Lí-

bano, y en sus valles animados todavía, y en sus valles mudos y muertos. El espíritu divino, la inspiracion sobrehumana que derramó su aliento en las almas y en las arpas del poético pueblo á quien Dios hablaba por símbolos é imágenes, heria así mas reciamente los ojos de los bardos sagrados desde su infancia, y los amamantaba con una leche mas sustanciosa que á nosotros, viejos y pálidos herederos de la arpa antigua; — á nosotros, que no tenemos á la vista mas que una naturaleza graciosa, suave y cultivada, naturaleza civilizada y descolorida como nosotros.

A medio dia llegamos á las mas altas montañas que teniamos que atravesar, y empezamos á bajar por los mas escarpados senderos, donde los pies de nuestros caballos temblaban sobre las piedras movedizas que eran lo único que nos separaba de los precipicios. — Despues de una hora de bajada, vimos al revolver una colina el palacio fantástico de Dptedin, cerca de Deir-el-Kammar. Prorumpimos en un grito de sorpresa y admiracion, y, por un movimiento involuntario, paramos nuestros caballos para contemplar la escena nueva, pintoresca, oriental que se abria ante nuestras atónitas miradas.

A pocos pasos de nosotros, una inmensa superficie de agua espumante salia de la esclusa de

un molino, y caía, desde una altura de cincuenta á sesenta pies, sobre peñascos que la quebraban en mil ramales; el ruido de aquella cascada y la frescura que esparcía en el aire, y que venia á humedecer nuestras abrasadas frentes, preparaba deliciosamente nuestros sentidos á la admiracion de que disfrutaban con encanto. — Encima de aquella cascada que se perdía en los abismos cuyo fondo no podíamos ver, se abría en forma de embudo un espacioso y profundo valle, cultivado desde el pie hasta la cima, lleno de moreras, de viñas y de higueras, y cuyo suelo estaba todo alfombrado de la mas fresca y ligera verdura; varias lindas aldeas estaban suspendidas á manera de terrados en los declives de todas las montañas que rodeaban el valle de Deir-el-Kammar. — Por un solo lado el horizonte se entreabría y dejaba ver, por cima de las cumbres menos elevadas del Líbano, el mar de Siria. ¡*Ecce mare magnum!* — dijo David, he allí el gran mar azul con sus olas, y sus bramidos y sus inmensos reptiles! — David estaba allí acaso, cuando lanzó esta poética esclamacion! — En efecto, se ve el mar de Egipto, teñido de un azul mas oscuro que el cielo, y confundiéndose á lo lejos con el horizonte entre la vaporosa y morada bruma que vela todas las playas de esta parte del Asia. En el fondo de este inmenso valle, la

colina de Dptedin, sobre la que se alza el palacio del emir, nacia y se elevaba, como una inmensa torre, flanqueada de peñascos cubiertos de yedra, y dejando pender, de sus hendiduras y de sus naturales almenas, penachos de verdura flotante. Aquella colina subía hasta el nivel del camino, verdadero precipicio, en que estábamos nosotros suspendidos; un estrecho y rugiente abismo nos separaba de ella. En su cumbre, y á algunos pasos de nosotros, el palacio morisco del emir se estendía magestuosamente sobre toda la meseta de Dptedin, con sus torres cuadradas, horadadas con arcos diagonales almenados en su cima; las largas galerías, alzándose unas sobre otras, y presentando largas hileras de airosos y ligeros arcos como los tallos de las palmeras que los coronaban con sus penachos aereos; sus espaciosos patios descendían en inmensos escalones, desde la cima de la montaña hasta los últimos muros de las fortificaciones; en la estrechidad del mas espacioso de aquellos patios, que veíamos, á vista de pájaro, desde la altura en que estábamos colocados, la fachada irregular del palacio de las mugeres se presentaba á nosotros, adornado de ligeras y graciosas columnatas cuyos troncos sutiles y de formas irregulares y desiguales, se alzaban hasta los tejados, y sostenían como un parasol los ligeros doseles de madera pinta-

da que servian de pórtico á aquel palacio. — Una escalera de marmol, decorada de balaustradas esculpidas formando arabescos, conducia de aquel pórtico á la puerta de aquel palacio de las mugeres; aquella puerta labrada, de madera de varios colores, encajada en el marmol, y coronada de inscripciones árabes, estaba rodeada de esclavos negros, magníficamente vestidos, armados de pistolas plateadas y de alfanges de Damasco embutidos de oro y de cinceladuras; los espaciosos patios que hacian frente al palacio estaban llenos tambien de una muchedumbre de criados, de cortesanos, de sacerdotes, ó de soldados con todos los variados y pintorescos trages que distinguen á las cinco poblaciones del Líbano:— el Druso, el Cristiano, el Armenio, el Griego, el Maronita, el Metualis.— Quinientos ó seiscientos caballos árabes estaban atados por la cabeza y los pies á unas cuerdas tendidas que atravesaban los patios, ensillados, con los frenos puestos, y cubiertos de magníficas gualdrapas de todos colores; algunos grupos de camellos, unos tendidos, otros de pie, otros arrodillados para que los cargaran ó los descargaran; y en la azotea mas elevada del patio interior, varios jóvenes pages, corriendo á caballo unos tras de otros, se tiraban el *dgerid*, se evitaban tendiéndose sobre sus caballos, volvian á todo escape sobre su adversario

desarmado, y hacian, con una gracia y un vigor admirables, todas las evoluciones que exige aquel juego militar. — Despues de haber contemplado algunos instantes aquella escena oriental tan nueva para nosotros, nos acercamos á la inmensa y maciza puerta del primer patio del palacio, guardada por Arabes armados de fusiles, y de largas espadas semejantes á largas y flexibles cañas. — Allí hicimos llevar al príncipe las cartas que llevábamos para él. Pocos momentos despues, nos envió su primer médico, M. Bertrand, nacido en Siria, de una familia francesa, y que ha conseryado la lengua y el recuerdo de su patria.— Condújonos á la habitacion que nos ofrecia la hospitalidad del emir, y varios esclavos llevaron nuestra comitiva y nuestros equipages á otra ala del palacio. Consistia nuestra habitacion en un lindo patio decorado con pilastras arabescas, con una fuente en medio, que corria en un ancho pilon de marmol; al rededor de aquel patio, tres piezas y un divan, es decir, una pieza mas espaciosa que las otras, formada por una serie de arcos que se abren sobre el patio interior, y que no tienen ni puertas ni cortinas que la cierran; es una transicion entre la casa y la calle, que sirve de jardin á los perezosos Musulmanes, y cuya inmovil sombra reemplaza para ellos la de los árboles, que no tienen ni la in-

dustria de plantar ni la fuerza de ir á buscar donde la naturaleza los ha hecho nacer para ellos. Nuestros cuartos, aunque en aquel magnífico palacio, hubieran parecido demasiado maltratados por el tiempo al mas pobre patan de nuestras cabañas; las ventanas no tenian vidrieras, lujo desconocido en el Oriente, á pesar de los rigores del invierno en estas montañas; ni camas, ni muebles, ni sillas; solo las paredes peladas, decrépitas, acribilladas de nidos de ratones y de lagartos, y por piso, tierra rastrillada, desigual, mezclada con paja picada. — Trajeron los esclavos unas esteras que tendieron sobre aquel piso, y unas alfombras de Damasco, con que cubrieron aquellas esteras; luego trajeron una mesita de Belen, de madera embutida de nacar; esas mesitas no tienen medio pie de diámetro sobre la misma elevacion; parecen un fragmento de columna truncada y no pueden sostener mas que una bandeja en que colocan los Musulmanes los cinco ó seis platos de que se compone su comida.

La nuestra, puesta sobre aquella mesa, se componia de un *piló*¹, de un plato de leche aceda

¹ Llaman así los Turcos (á lo menos así pronuncian esta voz) á un plato de arroz mezclado con pedacitos de carnero, que es uno de sus manjares mas usuales y apetitosos. Permitásenos usar esta

que se mezcla con aceite, y de calabacines rellenos con pedazos de carnero picado que se machacan con arroz cocido. Este es en efecto el manjar mas apetecido y sabroso que se puede comer en todo el Oriente; por bebida, agua pura que se bebe en unas especies de jarras de barro con largos picos, que se pasan de mano en mano y de las que se hace caer el agua en la boca entreabierta, sin que el barro toque á los labios¹. Ni cuchillos, ni cucharas, ni tenedores; se come con las manos, pero las continuas abluciones hacen menos repugnante esta costumbre entre los Musulmanes.

Apenas acabamos de comer, el emir nos envió á decir que nos aguardaba. Atravesamos un gran patio adornado de fuentes, y un pórtico formado por altas y sutiles columnas que arrancan desde el suelo y sostienen el techo del palacio. — Introdujéronnos en una hermosísima sala cuyo pavimento era de marmol, y cuyos techos y paredes estaban pintados de vivos colores y elegantes arabescos por pintores de Constantinopla. — Varios surtidores de agua murmuraban en

voz que los Franceses han adoptado (*pilau*) y que nos evitará repetir un circunloquio inutil. — N. del T.

¹ A lo que parece, los jarros que describe aquí el autor no son otra cosa mas que nuestros botijos ó alcarrazas. — N. del T.

los ángulos de la estancia, y en el fondo, detras de una columnata cuyos intercolumnios estaban enrejados y vidriados, se veia un enorme tigre, durmiendo con la cabeza apoyada sobre sus patas cruzadas. — La mitad de la estancia estaba llena de secretarios con sus largas ropas y sus tinteros de plata, metidos en el cinto á guisa de puñales; de Arabes lujosamente vestidos y armados; de negros y de mulatos aguardando las órdenes de su amo, y de algunos oficiales egipcios con chaquetas europeas y con el gorro griego de paño colorado con una gran borla azul que les cuelga hasta los hombros. — La otra parte de la estancia estaba elevada á cosa de un pie sobre el nivel de la primera, y le daba vuelta un ancho divan de terciopelo colorado, en la esquina del cual estaba sentado el emir con las piernas cruzadas. — Era aquel un hermoso anciano de ojos vivos y penetrantes, tez fresca y animada, barba entrecana y ondeante; un ropon blanco, ceñido con un cinturon de cachemira, le cubria de pies á cabeza, y el espléndido mango de un largo y ancho puñal salia de entre los pliegues de su ropon á la altura del pecho, y presentaba una mazorca de diamantes del grueso de una naranja. — Saludámosle á la usanza del pais, poniendo la mano primero en la frente y luego sobre el corazon; volviónos nuestro saludo con afabilidad

y sonriendo, y nos hizo señal de que nos acercáramos y nos sentáramos junto á él en el divan. — Un intérprete estaba de rodillas entre él y nosotros. — Tomé la palabra, y le manifesté el placer que experimentaba en visitar el interesante y hermoso pais que él gobernaba con tanta firmeza y sabiduría, y le dije, entre otras cosas, que el mejor elogio que podia hacer de su administracion era hallarme allí; que la seguridad de los caminos, la riqueza de la agricultura, el orden y la paz de los pueblos eran elocuentes testimonios de la virtud y de la habilidad del príncipe. Dióme las gracias, y me hizo, acerca de Europa, y principalmente sobre su política en la lucha entre Turcos y Egipcios, una multitud de preguntas que manifestaban juntamente todo el interés que tenia para él aquella cuestion, y sus conocimientos é inteligencia de los negocios, poco comunes en un príncipe del Oriente. Trajeron el café y las largas pipas de costumbre, que se renovaron con frecuencia, y la conversacion prosiguió por espacio de una hora.

Encantado quedé de la sensatez, las luces y los modales nobles y dignos de aquel anciano príncipe, y al cabo de una hora, me levanté para acompañarle á sus baños, que quiso enseñarnos él mismo. Aquellos baños consisten en cinco ó seis salas con pavimentos de mármoles, y cuyas

bóvedas y paredes estaban estucadas y pintadas al temple, con mucho gusto y elegancia, por pintores de Damasco. Multitud de srutidores de agua caliente, fria ó tibia salian del pavimento y derramaban su temperatura en las salas. La última era un baño de vapor donde no pudimos estar ni un minuto. Varios esclavos blancos, muy bizarros, el tronco desnudo y las piernas rodeadas de un chal de seda cruda, estaban en aquellas salas, prontos á ejercer sus funciones de bañadores. El príncipe nos hizo proponer que nos bañásemos con él, pero no aceptamos, y le dejamos en manos de sus esclavos que se preparaban á desnudarle.

De allí fuimos, con uno de sus escuderos, á visitar los patios y las caballerizas donde estaban atados sus magníficos caballos padres árabes. Es preciso haber visitado las caballerizas de Damasco, ó las del emir Beschir, para formarse una idea del caballo árabe. Este soberbio y gracioso bruto pierde mucha parte de su hermosura, de su mansedumbre y de su forma pintoresca cuando se le trasplanta, de su pais natal, y de sus hábitos familiares, á nuestros climas frios y á la sombra y soledad de nuestras cuadras. Es preciso verle á la puerta de la tienda de los árabes del desierto, la cabeza entre los brazos, sacudiendo su larga melena negra, como un parasol

movil, y barriendo sus lomos tersos como cobre ó plata, con el tornatil látigo de su cola, cuya estremidad está siempre teñida de púrpura con el *hené*; es preciso verle vestido con sus espléndidas gualdrapas, recamadas de oro y de perlas; la cabeza cubierta de una redecilla de seda azul ó colorada, ó de hilillo de oro ó plata, con agujetas sonoras y flotantes que caen de su frente sobre su nariz, y con que cubre y descubre sucesivamente, á cada ondulación de su cuello, el globo inflamado, inmenso, inteligente, manso y altanero de sus ojos; es preciso verle, sobre todo, en grupos, como estaba allí, de dos á trescientos caballos; unos tendidos en el polvo del patio, otros trabados con maniotas de hierro y atados á largas cuerdas que atravesaban aquellos patios, otros escapados sobre la arena y saltando de un brinco las hileras de camellos que se oponian á sus libres carreras; estos llevados de la mano por jóvenes esclavos negros, vestidos de chaquetas de escarlata, y apoyando sus cariñosas cabezas en los hombros de aquellos muchachos; aquellos jugando entre sí, libres y sin bocado como potrillos en una dehesa, poniéndose de manos uno delante otro, ó frotándose frente con frente, ó lamiéndose mutuamente su hermoso pelo reluciente y plateado; todos mirándonos con una atencion inquieta y curiosa á causa de